

XXXV Premio Literario Taurino "Doctor Zumel"

**Cooperación necesaria entre jóvenes y mayores
para el conocimiento y evolución
de la tauromaquia del siglo XXI**

DIEGO SÁNCHEZ DE LA CRUZ

A todos aquellos abuelos que han llevado a sus nietos a una plaza de toros. Gracias por habernos transmitido el legado de la tauromaquia, del que ahora somos depositarios y custodios, con toda la responsabilidad que ello conlleva.

La preservación intergeneracional de un rico legado cultural y artístico

“Los toros son arte y cultura”, sostienen los aficionados. La legislación española así lo reconoce, puesto que codifica tanto la vertiente creativa del toreo como su arraigo social e histórico. Sin embargo, sería un error pensar que ambas dimensiones del hecho taurino tienen el mismo peso. Al fin y al cabo, las primeras representaciones del encuentro entre el hombre y el toro nos remontan veinte milenios atrás, mientras que el desarrollo de la corrida moderna es fruto de la Ilustración.

Es lógico y coherente que la “cultura” taurina sea un condicionamiento previo para el desarrollo del “arte” de torear. La relación entre el hombre y el toro que vemos representada en la corrida se enmarca, pues, dentro de un sistema de creencias, costumbres y valores más amplio y complejo. Así, la tauromaquia encierra un mensaje de corte humanista en el que el hombre se posiciona en el centro de la acción y se erige como el héroe capaz de dominar y ordenar el caos, la violencia y las dificultades propias de la naturaleza. Estamos, pues, ante una exhibición de racionalidad ante la animalidad.

De ese entendimiento emanan los ritos y juegos del toro que evolucionaron hacia lo que hoy es la corrida. En un primer momento, la aproximación del hombre al *uro* se da en forma de montería, con la caza del animal como meta. La paleontología halló valiosas pinturas rupestres en el sur de Francia que se remonta más de veinte milenios atrás en el tiempo. Lo que vemos representado en los murales de Villars, Lascaux o Roc de Sers no es más que un rito venatorio consistente en dar alcance al animal y abatirlo. ¹

El desarrollo de las culturas mediterráneas mantuvo esa tensión sacrificial, pero dotó al encuentro del hombre con el toro de una dimensión lúdica y festiva. Eso es lo que nos encontramos en los frescos de la Isla de Creta que documentan las distintas formas de *taurocatapsia*. Estos espectaculares, desafiantes y acrobáticos juegos sientan un precedente histórico directo del salto y recorte del toro observado hoy en los festejos populares. ²

¹ El documental *Tauromaquias Universales* de André Viard, estrenado en febrero de 2016 en el extinto canal Toros de Movistar Plus, ofrece una cuidadosa mirada a los orígenes prehistóricos de la tauromaquia, que vincula con estos frescos paleolíticos.

² Las excavaciones realizadas por Arthur Evans en el Palacio de Cnosos arrojan luz sobre las distintas formas de tauromaquia presentes en la civilización minoica.

Ya en la Alta Edad Media, el encuentro del hombre y el toro queda definitivamente enmarcado en las costumbres festivas del sur de Europa. Las fiestas patronales, las celebraciones nupciales, las conmemoraciones políticas y otros acontecimientos de la vida comunitaria se convierten en la excusa perfecta para exhibir el poderío y la destreza del hombre ante la bravura de los astados. Aquellas tauromaquias funden la pasión popular con la destreza caballescica y sirven como antesala para la codificación, ordenación y sublimación del rito.³

La corrida de toros debe entenderse, pues, como una sublimación estética de la cultura taurina. Partiendo de un acervo cultural que interpreta la relación del hombre con la naturaleza a través de la dominación del toro bravo, la corrida emerge como una forma artística de divertimento y celebración. Así, los toros son arte porque antes fueron cultura. De hecho, solamente se celebran corridas de toros allí donde existe una cultura subyacente que preserva los valores propios del hecho taurino.

Así las cosas, el reto de asegurar la preservación y la continuidad de la tauromaquia en el tiempo nos obliga a reflexionar sobre la necesidad de mantener en pie todo el sustrato y el sistema cultural de creencias, valores y costumbres sobre el que se funda esta expresión artística. Se trata, pues, de mantener en pie todo aquello que da coherencia a la corrida de toros y la protege del permanente acoso ejercido por corrientes globales de pensamiento que buscan la destrucción la tauromaquia, como sería el caso del animalismo.

Por lo tanto, pocas cuestiones son tan relevantes para el futuro de la Fiesta como el cultivo y el afianzamiento de los mecanismos de transmisión intergeneracional que permitan asegurar y garantizar la supervivencia de la corrida. Los mayores no pueden limitarse a recibir un rico y valioso patrimonio cultural y artístico: tienen la obligación de ejercer de custodios del mismo y velar por su transferencia a las nuevas generaciones, que a su vez serán depositarias de ese legado y, con el tiempo, deberán asumir el reto de apuntalar su permanencia en el tiempo, pensando en quienes lleguen detrás y respetando así el ciclo vital del *hilo del toreo*.

³ Numerosos autores han explorado los orígenes históricos de la tauromaquia. De especial relevancia son los trabajos de Gonzalo Santonja o Beatriz Badorrey.

El inesperado resurgir de la Fiesta tras la pandemia

A lo largo de la primera década del siglo XXI, el número de festejos taurinos celebrados en España creció con fuerza, pasando de poco más de 2.000 a algo más de 3.000 espectáculos mayores. Sin embargo, este fortísimo crecimiento quedó totalmente revertido entre 2010 y 2019, con un desplome del 40 por ciento en los niveles de actividad taurina observados en las plazas españolas.

Es importante señalar, eso sí, que el grueso de la caída observada en el número de festejos se produjo en zonas rurales. Así, en 2019 se dieron 1.040 espectáculos menos que en 2010, pero 810 de esos festejos que dejaron de programarse se organizaban en la *España Vacía*, de modo que el 78 por ciento del descenso se dio en pueblos envejecidos y empobrecidos. Esta preocupante tendencia a la baja se alteró tras la pandemia del coronavirus. A nadie escapa que las temporadas de 2020 y 2021 fueron un verdadero reto para el sector taurino, puesto que la taquilla sostiene el 80 por ciento de sus ingresos y las restricciones de aforo hicieron inviable la celebración de la mayoría de los festejos. Sin embargo, la normalización de las condiciones sanitarias observada en 2022 se tradujo en un fuerte incremento en el número de espectáculos, que aumentaron un 8 por ciento a lo largo del año.⁴

Por tanto, se profetizó el hundimiento de actividad del sector taurino, pero lo que realmente terminó ocurriendo fue un sorprendente e inesperado resurgir que bien podría alumbrar un renacimiento de la Fiesta, en caso de que sus gestores sepan entender los factores que han propiciado esta mejora y aprendan a potenciarlos a lo largo de las próximas temporadas.

Lo ocurrido en 2022 demuestra que el tradicional pesimismo de los aficionados taurinos respecto al futuro de la Fiesta no tiene por qué asumirse sin más. De hecho, aunque este tipo de lamentos se remontan al siglo XVIII, lo cierto es que España sigue celebrando más de 20.500 espectáculos taurinos cada año. El relato del “esto se acaba” se topa de bruces, por tanto, con la realidad de un sector que sigue teniendo eco entre amplias capas de la sociedad española.

⁴ La serie estadística de Asuntos Taurinos puede consultarse en el siguiente enlace: <<https://www.culturaydeporte.gob.es/servicios-al-ciudadano/estadisticas/cultura/mc/culturabase/asuntos-taurinos/resultados-asuntos-taurinos.html>>.

Sin duda, los toros han atravesado unos años muy complicados. Condenados al ostracismo de la incorrección político, han sido estigmatizados como un espectáculo bárbaro, rancio y arcaico. Sin embargo, a pesar de la incesante campaña de acoso y derribo que ha sufrido la tauromaquia, basta con echar un vistazo a los tendidos de las plazas para comprobar el entusiasmo que siguen despertado los héroes que se juegan la vida vestidos de luces.

De hecho, un aspecto esencial para entender el punto de inflexión que ha vivido el toreo en los últimos tiempos ha sido el auge de nuevos espadas como Andrés Roca Rey, cuya arrolladora trayectoria ha contribuido de forma decisiva al rejuvenecimiento del escalafón, la apertura de los carteles, la intensificación de la competencia y el aumento general de la calidad de los espectáculos. Estos desarrollos tan positivos, sucedidos al calor de una nueva figura que ha seducido a las masas y cautivado a los más jóvenes, ha renovado la afición y acercado la tauromaquia a nuevas generaciones de aficionados que serán, a su vez, los responsables de preservar la cultura taurina a lo largo de las décadas venideras.

La transmisión intergeneracional de la pasión por los toros

En el imaginario colectivo de los aficionados taurinos, la figura del abuelo que lleva a su nieto a la plaza representa a la perfección el componente hereditario de esta expresión cultural y artística. En los tendidos es muy frecuente encontrarnos con espectadores recurrentes o esporádicos que vinculan su asistencia al coso con su pasado familiar.

En una época tan líquida y cambiante como la actual, este sentido de pertenencia, arraigo e identidad ejerce un poderoso anclaje y vincula emocionalmente a millones de personas que, más allá de la propaganda animalista o de la práctica invisibilidad mediática a la que se ha condenado al toreo, insisten en acudir a las plazas.

Con todo, la incesante campaña contra la Fiesta no resulta inocua. Es más, en los últimos años se ha producido un debilitamiento de los mecanismos de transmisión intergeneracional que posibilitan la herencia de la cultura y el arte taurino desde los más mayores hasta los más jóvenes. Esta circunstancia afecta de forma directa al futuro de la tauromaquia.

Veamos qué nos dicen los datos. La Encuesta de Hábitos y Prácticas Culturales que elabora el Ministerio de Cultura nos permite medir el grado de interés de la población española por los toros.⁵ Este barómetro plantea una escala de 0 a 10, donde un valor de 0 sería sinónimo de absoluta indiferencia e incluso total rechazo hacia la Fiesta, mientras que una valor de 10 representaría un altísimo grado de pasión y afición por los toros. Los microdatos del sondeo diferencian entre distintos grupos de edad, lo que resulta especialmente útil para el propósito del presente trabajo. Pues bien, lo cierto es que el porcentaje de jóvenes de entre 15 y 34 años que dicen tener interés por los toros ha bajado del 23 al 20 por ciento entre los sondeos de 2014-2015 y 2021-2022. De igual manera, en la franja de edad de entre 35 y 54 años, el número de personas interesadas por los toros bajó del 29 al 25 por ciento a lo largo del mismo periodo. Por último, entre los mayores de 55 años, este porcentaje también se ha reducido, en este caso pasando del 36 al 31 por ciento entre 2014-2015 y 2021-2022.

Como vemos, la tauromaquia lidia con dos problemas. Por un lado, si todas las franjas de edad describen una tendencia a la baja, esto sugiere un creciente distanciamiento social hacia la Fiesta. Y, por otro lado, los resultados también confirman que existe una brecha generacional entre jóvenes y mayores, puesto que los segundos exhiben más interés hacia el toreo que los primeros. Este diferencial ascendió a 13 puntos en 2014-2015, subió a 15 puntos en 2018-2019 y se redujo a 11 puntos en 2021-2022.

Según el Instituto Nacional de Estadística, el número de españoles con una edad comprendida entre los 15 y los 34 años ascendió, en 2022, a 10,2 millones de personas.⁶ Por lo tanto, si el 20 por ciento de los españoles que figuran dentro de esta franja de edad tienen interés por los toros, podemos concluir que hablamos de un colectivo de aproximadamente 2 millones de jóvenes. Sin embargo, como vimos anteriormente, el porcentaje de personas de más de 55 años que dicen estar interesadas en los toros asciende al 31 por ciento.

El hecho de que exista esa brecha de 11 puntos entre mayores y jóvenes significa que la Fiesta lidia en la actualidad con una cierta *brecha* generacional en términos de afición o interés social. De hecho, si el porcentaje de los jóvenes de entre 15 y 34 años fuese idéntico al 31

⁵ Las distintas ediciones de la Encuesta de Hábitos y Prácticas Culturales pueden consultarse en el siguiente enlace: <<https://www.culturaydeporte.gob.es/servicios-al-ciudadano/estadisticas/cultura/mc/ehc/portada.html>>.

⁶ Instituto Nacional de Estadística, “Estadísticas del Padrón Continuo”, 2021-2022. Disponible en: <https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736177012&menu=resultados&idp=1254734710990>.

por ciento alcanzado entre los mayores de 55 años (o, dicho de forma sencilla, *si todos los nietos hubiesen heredado la afición de sus abuelos*), el número de personas jóvenes con interés por los toros sería de algo más de 3 millones de personas, en vez de unos 2 millones. Por lo tanto, hay alrededor de un millón de jóvenes que no han heredado o continuado la afición que se exhibían las generaciones de mayor edad.

Comprender el rito, entender la lidia

Según la Encuesta de Hábitos y Prácticas Culturales, el 6 por ciento de los españoles de entre 15 y 34 años describen la corrida como un espectáculo de difícil comprensión. Se trata de la franja de edad con un mayor grado de desconexión.⁷ Desde su atalaya, el aficionado más conocedor puede caer en la tentación despreciar a aquellos que no comprenden lo que sucede en el ruedo pero, si lo que queremos hacer es asegurar la continuidad del toreo, parece razonable adoptar una postura más empática e intentar desentrañar el equívoco.

Como hemos establecido en páginas anteriores, la corrida es una expresión artística enmarcada en una tradición cultural. Por tanto, la explicación de todo aquello que sucede en el ruedo requiere un doble ejercicio de divulgación, centrado en explicar la ética y la estética del toreo. El reto no es sencillo, ni mucho menos.

Sabemos que existen diversas escuelas de pensamiento en torno a la cuestión del propósito y el significado del arte. Se ha preconizado, por ejemplo, la idea de que el placer estético y la aventura creativa serían suficientes para explicar una obra. Es el principio *kantiano* del *arte por el arte* el que recoge esta máxima y justifica la producción del autor en base a la libre expresión. De igual manera, también se ha explicado el arte en términos de realismo, siguiendo una línea aristotélica que vincula las creaciones a un proceso de mimesis mediante el cual el hombre se aproxima a la naturaleza y persigue su representación o transformación mediante el desarrollo de nuevas formas inspiradas y embellecidas. Y, por otro lado, la evocación mística ha sido otro factor motivador de creaciones artísticas. En este caso, la meta última sería la plasmación y exaltación de conceptos mágicos o religiosos.

⁷ Para consultar las distintas oleadas del barómetro, ver nota 5.

Sin embargo, si nos remontamos veinte milenios atrás en el tiempo y nos fijamos en obras como las pinturas rupestres a las que aludíamos en la primera sección del ensayo, lo que nos encontramos son elementos cuya principal función era referencial e informativa. En estos grabados se recoge por vez primera el encuentro entre el hombre y el toro. Así pues, el arte se concebía entonces como un mecanismo capaz de transmitir conocimiento a través de la simbología y la plasticidad. Aquellas representaciones de la caza del uro eran, por lo tanto, una forma de plasmar y codificar la cultura propia de aquellos pueblos. Cultura que, hasta aquel primer paso hacia la representación plástica, se transmitía generalmente por vía oral.

El investigador y arqueólogo, Rafael Maura, uno de los mayores expertos de España en el ámbito del estudio y la interpretación del arte prehistórico, lo explica del siguiente modo:

*“La principal motivación que movió a aquellos primeros artistas fue la transmisión intergeneracional de conocimientos. La cultura de los pueblos era oral, pero en algún momento surge la necesidad de fijarla en algún lugar, para que permanezca en el tiempo. El arte rupestre servía para transmitir ideas a las generaciones futuras: ideas sobre la caza, sobre la forma de vida, sobre lo sagrado, sobre la muerte, sobre la reproducción... Estamos ante un fenómeno intergeneracional de transmisión de conocimientos (...). La gente, al contrario de lo que se suele afirmar, vivía fuera de las cuevas, no dentro. Cuando acudían a estos lugares lo hacían como refugio, como lugar de almacenamiento de recursos o como espacio para reuniones o celebraciones muy determinadas. De ahí la importancia que tenían estas pinturas o grabados”.*⁸

Podríamos caer fácilmente en el engaño de desligar el bello espectáculo que encarna la corrida moderna de todas estas formas prehistóricas de tauromaquia, pero más allá de las evidentes diferencias estéticas que van de aquellos lances de supervivencia a una media verónica de Morante de la Puebla, no podemos olvidar que el componente informativo de esta expresión artística sigue siendo el mismo. Al fin y al cabo, tauromaquia *presenta* y, al mismo tiempo, *representa* el encuentro del hombre con la naturaleza. Esta compleja relación se resuelve desde un punto de vista antropocéntrico y humanista. Al torero se le pide que sea capaz de entender y enfrentar la bravura. El público espera de él que sepa reconducir la salvaje animalidad del toro y que logre someter al astado según mandan los cánones,

⁸ Entrevista con Nuria Triguero: “El arte era un modo de transmitir conocimientos”, Diario Sur, 11 de abril de 2015.

actuando con nobleza, justicia y precisión. De modo que el hombre emerge del rito como el valiente héroe encargado de poner orden en el caos natural, reconducido de forma armónica a través de los pasajes más cadenciosos y templados de su faena.

Así pues, el tema central de la corrida (hombre frente a naturaleza) es tan antiguo como la misma vida del ser humano en la Tierra. Precisamente por eso, la función esencial del hecho taurino es la de plasmar una determinada forma de entender la relación con los animales. Y es por este motivo que la corrida de toros está en el punto de mira del movimiento animalista. Al fin y al cabo, los toros representan apenas el 0,001 por ciento de todos los animales sacrificados en España. Cada *temporada* se sacrifican unas 12.000 reses bravas, mientras que cada *día* se hace lo propio con 1,8 millones de animales de unas y otras especies criadas para consumo alimentario. Si de cifras se tratase, los toros serían la última preocupación de los animalistas. Sin embargo, sus esfuerzos se centran en la tauromaquia porque la filosofía última del rito constituye un desafío frontal al pensamiento anti-especista, según el cual la vida de una cucaracha tiene el mismo valor que la de un bebé recién nacido.

Hemos establecido, por tanto, que los toros cumplen una función explicativa, por encima de cualquier otro propósito. El mensaje central de la corrida gira en torno a la lucha y el sacrificio del hombre que procura encontrar su sitio en medio de una naturaleza salvaje a la que pretende confrontar y ordenar desde una posición tan heroica como comprometida.

Además de cumplir esa faceta informativa, en la tauromaquia moderna también se aprecian otras formas de autojustificación artística. De entrada, el placer estético asociado a las suertes modernas del toreo resulta innegable. Por arte de *birlibirloque*, el matador mece las embestidas del astado y domina su ofensividad hasta componer imágenes de fugaz pero innegable belleza. Esa danza de muerte, al borde siempre de la tragedia, produce impactantes destellos que inspiran a su vez otras formas de creación, como la fotografía o la pintura taurina.

Asimismo, en el toreo vemos elementos de realismo ligados a la crudeza y verdad que le son propias al fatal encuentro entre hombre y animal. Cada lance fallido y cada pase al filo de la navaja, cada derrote y cada pasada en falso, cada gota de sangre y acción combativa son un recordatorio constante de la naturaleza extremadamente certera del toreo. En el ruedo,

Verdad se escribe con mayúscula. La mimesis taurina no esconde la muerte: la exhibe como prueba fehaciente de su sitio en nuestras vidas.

De este modo, el arte de torear también se ha revalorizado y enriquecido por las aportaciones místicas que subliman el espectáculo de la corrida de toros hasta convertirlo en una ceremonia sin par. La codificación del rito, primero bajo la Ilustración y posteriormente al calor de la influencia vanguardista, han permitido el levantamiento de ambiciosas creaciones que revalorizan y subliman la lidia del toro. De este modo, se revaloriza el *espacio* en el que se desarrolla la lidia, con la construcción de las plazas de toros, y también se solemniza el *tiempo* del encuentro con el toro, a través de los tercios del espectáculo. Todo sucede, además, en medio de una evolución estética que actúa en primer lugar sobre la técnica del toreo, que evoluciona para propiciar faenas más largas y estilizadas, pero también incide en aspectos visuales, como el vestido de torear, o sonoros, caso del pasodoble. Y, no lo olvidemos, la animalidad también está sujeta a estudio, puesto que el siempre misterioso comportamiento del toro sigue siendo uno de los elementos centrales en la observación del rito taurino.

El resultado de esta confluencia de propósitos éticos y artísticos es un espectáculo de indudable riqueza, que provoca una conmoción y un impacto sin parangón. La cornucopia de significados propia de la tauromaquia se expresa en tardes llenas de matices y lecciones, resultando en un verdadero festival de emociones y magnificencia donde la finura y la delicadeza conviven con el peligro y la tragedia.

Entender la corrida de toros requiere, pues, un supremo grado de activación y sensibilidad por parte del espectador. Y, aunque es posible adquirir por cuenta propia el conocimiento necesario para disfrutar de la corrida de toros, es innegable que estamos ante una expresión artística tan rica y compleja que puede resultar inaccesible para el espectador ocasional que presencia el festejo desde una perspectiva descontextualizada y desarraigada.

Cabe preguntarnos hasta qué punto las nuevas generaciones lo tienen fácil a la hora de asumir todo lo que conlleva la corrida de toros. Partiendo de todos los elementos comentados, es lógico que surjan las siguientes dudas:

- De entrada, puesto que el elemento central de la cultura taurina es informativo y nos remonta a una concepción antropocéntrica de la relación del hombre con el animal y la naturaleza, es probable que muchos jóvenes carezcan del bagaje propio de la vida en el campo y circunscriban su relación con los animales a las dinámicas urbanitas del trato con las mascotas. Si a esto le sumamos la penetración del discurso animalista, y si reconocemos el impacto que puede tener la naturaleza sacrificial del rito, resulta evidente que este es un primer obstáculo que deben salvar muchos jóvenes para llegar a aceptar plenamente la corrida.
- También se ha comentado el poderoso componente estético del festejo. Este es, probablemente, el punto que genere un mayor grado de acuerdo entre el conjunto de la población. Es común escuchar reflexiones de personas indiferentes al toreo que reconocen la belleza suprema de determinados elementos de la corrida, pero cuestionan la sangre y la muerte que también forman parte del espectáculo. En este sentido, no sorprende que muchos jóvenes sean capaces de valorar positivamente la estética taurina, porque al fin y al cabo hablamos de un atractivo ampliamente reconocido.
- Se ha referido también la forma en que el *espacio* en el que sucede el rito actúa de forma complementaria al mismo, rodeándolo y revalorizándolo. Esta socialización complementa el espectáculo y permite fundir lo apolíneo de la corrida con lo dionisiaco de todo el ambiente que la rodea. La contundencia de los festines gastronómicos, la elegancia propia del buen vestir, la sonoridad y alegría propias de la música y el baile flamenco o la elevada tertulia de los mejores aficionados son solamente algunos ejemplos de las innumerables circunstancias que se desarrollan alrededor del toreo. Esa evocación de la alegría, la elegancia y el disfrute constituyen un poderoso imán para el público más joven, que de esta forma incorpora la tauromaquia con mayor naturalidad a sus prácticas de ocio.
- Por último, se ha mencionado la importancia de reconocer la tauromaquia como un espectáculo tan rico y complejo que requiere una indudable inversión por parte del público, no solamente en términos de tiempo y adquisición de conocimientos, sino también en lo referido a la inmersión, el entusiasmo, la activación y la sensibilidad propias de la contemplación de la corrida. Este punto no tiene un encaje tan sencillo en la sociedad actual, acostumbrada a formas de ocio que priman un consumo rápido, a veces casi instantáneo, y además limitan la improvisación y sujetan la producción

creativa a formas estandarizadas propias de lo que podríamos definir como un entretenimiento desechable, de *usar y tirar*. Los toros, en cambio, son un espectáculo largo y complejo, con tiempos dilatados, resultados impredecibles y lecciones no siempre explícitas. Entender y disfrutar una corrida es complicado desde la pasividad: se hace precisa una implicación intelectual, un esfuerzo de observación y concentración. Para la población más joven, esto redundaría en un espectáculo exigente y contrasta con la forma más relajada y menos comprometida con la que se pueden disfrutar otras formas de ocio más livianas, como un concierto al uso.

Considerando todo lo anterior, podemos apuntar algunos de los aspectos que refuerzan la capacidad de legar la tauromaquia a las nuevas generaciones. La Fiesta tiene a su favor una innegable fortaleza estética y el atractivo ambiente bajo el que se celebran los espectáculos, de modo que estos aspectos deben celebrarse y potenciarse.

Sin embargo, también hay elementos propios del toreo que pueden complicar su permanencia en el tiempo. Por un lado, la Fiesta lidia con la confusión animalista, cuya peligrosa retórica debe combatirse de manera frontal desde las bases del pensamiento humanista. Esta es una batalla tan intelectual como política que debemos dar en todo momento. Por otro lado, la naturaleza compleja de la corrida complica la captación de nuevos aficionados jóvenes y obliga a buscar fórmulas de promoción basadas en superar esa distancia, que quizá se vuelve más difícil de salvar por las características tan específicas del espectáculo.

Miradas cruzadas

Para componer un análisis riguroso de las circunstancias sociales del toreo y de su encaje entre jóvenes y mayores, debemos huir de estereotipos y dotarnos de aquellas herramientas de investigación que nos ofrezcan una mirada fehaciente a las similitudes y diferencias que guardan los aficionados jóvenes y mayores. No se trata solamente de adentrarse en su visión de la tauromaquia, sino también de conocer su percepción mutua. De esta forma, evitamos caer en interpretaciones subjetivas y prejuiciosas que simplemente podrían servirnos para reforzar tópicos y no nos ayudarían a cultivar el entendimiento entre ambos grupos de aficionados.

La primera técnica de investigación empleada es una encuesta elaborada durante la Feria de San Isidro de 2023 y realizada entre un total de 100 aficionados taurinos. Cincuenta de los participantes tenían más de 15 y menos de 35 años de edad, mientras que los cincuenta restantes superaban los 55 años. Los participantes debieron responder las dos siguientes preguntas:

- ¿Qué aspecto valora de forma más positiva de los aficionados jóvenes/mayores?
- ¿Qué aspecto valora de forma más negativa de los aficionados jóvenes/mayores?

El sondeo se presentó de forma aleatoria antes de la corrida de toros programada para el pasado 10 de mayo de 2023. Para ser incluidos en el cuestionario, se pidió a los encuestados que comunicasen oralmente su edad, siendo descartados aquellos espectadores que no formasen parte de los dos grupos elegidos para el sondeo. Asimismo, se estipuló como condición para la participación en el sondeo la acreditación de la condición de abonado a la plaza de toros de Las Ventas.

Con ánimo de asegurar una mayor representatividad, la mitad de los cuestionarios fueron completados en los accesos a los tendidos 9 y 10, de sombra, mientras que la otra mitad fueron respondidos a las puertas de los asientos de sol, en las secciones 5 y 6 del coso. El 65% de los participantes fueron hombres y el 35% mujeres, en línea con los porcentajes de asistencia a los toros por sexo que se deducen de los resultados de la Encuesta de Hábitos y Prácticas Culturales.

A la hora de presentar los cuestionarios no se indicaron respuestas concretas, de modo que todos los participantes formularon sus propios comentarios que luego fueron agrupados de acuerdo con el sentido general de sus apreciaciones. Los principales hallazgos fueron los siguientes:

- En la primera pregunta, alrededor del 80 por ciento de las respuestas ofrecidas por los jóvenes se centraron en aspectos referidos al conocimiento de los más veteranos, con referencias a su comprensión de los distintos pasajes de la lidia, el comportamiento del toro o la ejecución de las suertes por parte del torero. En cambio, entre los mayores, cerca de un 60 por ciento de las respuestas refirieron la actitud optimista y

predispuesta de los jóvenes en los toros, destacando aspectos como la ilusión y el entusiasmo que exhiben en los tendidos y su contribución al relevo generacional.

- En la segunda pregunta, las respuestas ofrecidas fueron prácticamente complementarias, puesto que en torno al 65 por ciento de los asistentes de ambas franjas de edad se refirieron, de una u otra manera, al grado de exigencia exhibido por el otro grupo de edad. Así, una mayoría de los jóvenes consideró excesivamente dura la perspectiva expresada por los mayores, mientras que el público veterano se pronunció contra la visión más “dócil” del público novel.

Obviamente, el alcance de este ejercicio demoscópico es limitado y solamente debe interpretarse como una primera aproximación. Además, puesto que el estudio se realizó en la plaza de toros de Las Ventas, sus conclusiones deben interpretarse a la luz de las peculiares características del público que acude al coso de la calle Alcalá. No en vano, en la plaza de Madrid confluye un sector muy duro, reconocido por su postura crítica, con un público más festivo y alegre, popularmente identificado como el segmento “isidro” o “clavelero”, en referencia a su mayor concurrencia en las grandes corridas de Feria y su menor presencia en los demás festejos de la temporada.

Si ampliamos el foco, resulta interesante comprobar que, según la Encuesta de Hábitos y Prácticas Culturales, el grado de satisfacción expresado por los espectadores que acudieron a festejos taurinos en 2021-2022 fue de 8,4 puntos sobre 10 para el conjunto del público y no presentó diferencias excesivamente pronunciadas por franjas de edad. Así, entre los menores de 35 años, la nota media asignada a los espectáculos taurinos presenciados fue de 8,5 puntos, idéntico resultado al cosechado para los mayores de 55 años. Por lo tanto, la tónica general es de satisfacción y las cifras no parecen respaldar una gran diferencia en la opinión de jóvenes y mayores.

Esto también quiere decir que, más allá de los matices propios de la edad y del grado de experiencia, la forma en que los jóvenes valoran su afición no es tan diferente de los mayores. Por lo tanto, en lo referido a la *brecha* generacional, el problema de fondo no serían las diferencias que se pueden llegar a apreciar *dentro* de la plaza, puesto que unos y otros públicos viven el espectáculo de forma razonablemente complementaria y armónica. Más

bien, lo que debería preocuparnos es detectar cuáles son las barreras sociales, culturales o económicas que frenan a los mayores y a los jóvenes a la hora de acudir a las plazas.

Factores que perjudican la asistencia de jóvenes y mayores a las plazas

La Encuesta de Hábitos y Prácticas Culturales nos ofrece algunas pistas de los problemas que pueden estar alejando a los jóvenes y a los mayores del mundo taurino. De entrada, el precio de las entradas y la posibilidad de conseguirlas se confirma como un aspecto de cierta relevancia, puesto que el 2,1 por ciento de los menores de 35 años y el 2,7 por ciento de los mayores de 55 años citan esta cuestión como uno de los aspectos que influye directamente en su asistencia a este tipo de espectáculos.

La reflexión lógica que se deriva del punto anterior tiene que ver con la importancia de la política de precios y los descuentos especiales. Conocemos muchos casos de plazas que han impulsado con éxito este tipo de soluciones. El caso más radical de todos es el de Madrid, donde el abono de temporada ofrecido a jóvenes y mayores permite el acceso gratuito a la plaza a 2.800 aficionados de ambas franjas de edad. También se han dado experimentos similares en otros cosos como Albacete, donde se venden 1.000 abonos para jóvenes y mayores a un precio de 45 euros, lo que reduce el coste de acudir a la Feria a apenas 4,5 euros por festejo. Obviamente, en muchos recintos no es posible aplicar descuentos tan agresivos, pero es fundamental tomar en consideración las conclusiones de la Encuesta de Hábitos y Prácticas Culturales y reflexionar sobre la importancia que tiene este punto.

El sondeo elaborado por el Ministerio de Cultura revela otro factor muy relevante que perjudica tanto a jóvenes como a mayores: la falta de oferta en la zona de residencia de unos y otros. Entre los menores de 35 años, el 4,1 por ciento declara que no va a más a los toros por este motivo, porcentaje que asciende al 7,7 por ciento entre los mayores de 55 años.

Tales resultados nos obligan a reflexionar sobre la importancia de mantener la actividad taurina en todas las provincias de la geografía española en las que sea posible programar festejos y espectáculos, apostando no solamente por los cosos urbanos de mayor rentabilidad económica sino también por las zonas de menos población donde la viabilidad es menor. Los porcentajes compartidos en el párrafo anterior muestran que hay una demanda que no está

siendo atendido. Especialmente elevado es el resultado para la población de mayor edad, lo que nos devuelve a la cuestión de la *España Vacía* y la pérdida de actividad taurina en zonas rurales más envejecidas.

Además, en el caso de los mayores, nos topamos también con otros aspectos que complican la asistencia a las plazas, caso de las dificultades para salir de casa (2 por ciento), los problemas de accesibilidad de los recintos (1,3 por ciento) o el miedo a la propagación del COVID-19 (8,5 por ciento).

Es posible que este último factor vaya a menos en los próximos años, puesto que la pandemia ya ha remitido y la circulación del virus se ha reducido drásticamente, pero los otros dos aspectos mencionados por los mayores de 55 años deben tomarse en cuenta a la hora de invertir en la conservación de las plazas de toros y asegurar que, respetando los elementos arquitectónicos tan propios y singulares de estos recintos, la experiencia de los espectadores sea más llevadera. En plazas como las de Valencia o Segovia, el tendido ha sido reformado para incluir butacas o asientos que ofrecen una mayor comodidad al público asistente. En un país cada vez más envejecido, no es de recibo desatender esta circunstancia.

Es importante destacar que los hallazgos descritos en los párrafos anteriores se corresponden con personas que declaran un interés manifiesto por acudir a las plazas de toros. No hablamos, pues, de ciudadanos indiferentes o incluso hostiles hacia la tauromaquia. Por lo tanto, reflexionar sobre estas circunstancias se antoja fundamental para elevar el público potencial y, de esa forma, generar más afición y facilitar la programación de un mayor número de espectáculos.

En páginas anteriores leíamos que el 20 por ciento de los menores de 35 años muestran interés por los toros; en cambio, el porcentaje medio de asistencia a las plazas para esta franja de edad ronda el 9 por ciento. El diferencial es de 11 puntos. ¿En qué medida se reduciría este diferencial si se resolviesen los problemas u obstáculos citados por los jóvenes? A la luz de los resultados expuestos en párrafos anteriores, una mejora en la política de precios y una mayor oferta en las zonas donde se están programando menos espectáculos podrían elevar la asistencia efectiva en 6 puntos porcentuales. Por tanto, el dato de asistencia a los toros para los menores de 35 años subiría hasta el 15 por ciento, lo que representaría un incremento cercano al 70 por ciento.

Teniendo en cuenta que, según la Estadística del Padrón Continuo citada en la sexta nota al pie, en España hay 10,2 millones de personas con una edad comprendida entre los 15 y los 34 años, esto significa que el número de jóvenes que asisten a festejos taurinos subiría de alrededor de 915.000 a unas 1.530.000 personas, un incremento de más de medio millón de espectadores.

De igual modo, aunque ya se ha referido que el 31 por ciento de los mayores de 55 años muestran interés por los toros, las cifras efectivas de asistencia a las plazas que se observan para dicho colectivo rondan el 7 por ciento. En este caso, el diferencial asciende a 24 puntos. Pues bien, ¿cuánto mejorarían estos datos si se atajasen los retos identificados por los mayores? En este caso, hablamos de las cuestiones pendientes de resolución serían la política de precios y el aumento de la oferta, pero también todo lo referido a la accesibilidad, cuyo impacto en la asistencia a los toros afecta a un porcentaje de casi el 14 por ciento de las personas que pertenecen a esta franja de edad. Así pues, la asistencia a los toros de este grupo de población se triplicaría y subiría del 7 al 21 por ciento.

En este caso, los datos de la Estadística del Padrón Continuo señalan que hay 16,1 millones de personas pertenecientes a la franja de edad de las personas de más de 55 años. Por lo tanto, la asistencia a las plazas de este colectivo aumentaría de 1,1 a 3,3 millones de personas en caso de que se resolviesen los problemas citados por los más mayores.

En total, los datos expuestos anteriormente muestran que hay 2,2 millones de personas de más de 55 años de edad que muestran interés a los toros pero no acuden por tres tipos de circunstancias: precios demasiado altos, falta de oferta de espectáculos cerca de su zona de residencia y problemas de accesibilidad en los recintos.

A esta cifra hay que sumarle esos más de 600.000 jóvenes que se encuentran en una circunstancia parecida, con la salvedad del punto referido a la accesibilidad, que no sería un problema relevante para dicha franja de edad. Por tanto, hablamos de 2,8 millones de espectadores potenciales que no están acudiendo a las plazas por los distintos motivos enumerados en párrafos anteriores.

Sería utópico pensar que se puede resolver por completo esta cuestión pero, para entender mejor la importancia de escuchar a los jóvenes y mayores que desean ir con mayor frecuencia a los toros, basta con señalar que la asistencia a las plazas podría aumentar en 700.000 personas si el sector captase al menos la cuarta parte de esos 2,8 millones de espectadores potenciales repartidos entre las franjas de edad de menos de 35 y más de 55 años.

Esa mejora de 700.000 asistentes supondría un salto del 23 por ciento en las cifras de taquilla que maneja el sector taurino. Una subida muy notable que resolvería muchos de los problemas y estrecheces económicas que afectan a los grandes estamentos del sector, es decir, empresarios, ganaderos y toreros.

Los toros, la comunicación de masas y su influencia entre jóvenes y mayores

La comunicación de masas juega un papel fundamental a la hora de definir las influencias, los gustos y las preferencias de la ciudadanía. El consumo masivo de televisión y redes sociales por parte de amplias capas de la población tiene un impacto muy directo en la sensibilidad cultural de las personas. En 2022, el consumo de televisión fue de más de tres horas diarias, cifra a la que se deben sumar casi dos horas de consumo diario de redes sociales como YouTube, Instagram, Facebook, TikTok o Twitter. Por lo tanto, partiendo de la indudable relevancia que han adquirido estos vehículos a la hora de diseminar y difundir contenidos, cabe preguntarnos por el papel que juega la tauromaquia en estos espacios.

En el caso de la televisión, no cabe duda de que la *pequeña pantalla* jugó un papel muy relevante en la difusión de la tauromaquia en las últimas décadas del siglo pasado. A mediados de la década de 1990, la cifra de corridas programadas en abierto por La 1, Antena 3 y Telecinco se situó cerca de los 100 festejos anuales. A esta cifra había que sumarle los datos de canales autonómicos como Canal Sur o Telemadrid y el papel que empezaba a jugar entonces la televisión de pago, con plataformas como Canal+ o Vía Digital.

Sin embargo, esta circunstancia ha cambiado por completo en las dos últimas décadas. La 1 ha ofrecido menos de diez corridas de toros en abierto durante el periodo comprendido entre 2012 y 2022, mientras que Antena 3 y Telecinco se han retirado por completo de este mercado.

Permanece, eso sí, la oferta de las autonómicas, pero solamente en algunos territorios. Así, en los últimos años solamente se han emitido festejos taurinos de forma regular en los canales de Madrid, Andalucía, Castilla-La Mancha y Extremadura, amén de cierta programación más puntual en Castilla y León o Murcia. También sigue en pie la oferta de pago, que antaño giraba alrededor del canal Toros de Movistar+ y ahora se concentra en la nueva plataforma Mundotoro TV, disponible a través de internet.

Según la última Encuesta de Hábitos y Prácticas Culturales, el porcentaje medio de españoles que vio al menos un festejo taurino por televisión durante el bienio 2021-2022 ascendió al 9,5 por ciento, lo que supone unos 3.816.000 espectadores. Si desagregamos estos datos por franja de edad, podemos ver que la televisión tiene poco peso entre los aficionados de menos de 35 años, pero juega un papel esencial entre los de más de 55 años.

Para el primer grupo, el seguimiento de los toros a través la *pequeña pantalla* se limitó al 7,3 por ciento de la ciudadanía más joven. En cambio, para el segundo colectivo, este porcentaje asciende al 13,1 por ciento. Resulta evidente, pues, que la televisión es esencial para el público taurino de mayor edad y, en cambio, tiene menos peso entre los jóvenes.

En cuanto a internet, la penetración de los toros en la red de redes se confirma razonablemente marginal. En total, el porcentaje de ciudadanos que siguieron al menos una corrida de toros *online* durante el bienio 2021-2022 fue de apenas un 2,3 por ciento, es decir, 914.000 espectadores. El dato es mayor entre los menores de 35 años (2,7 por ciento) que entre los mayores de 55 años (1,5 por ciento), pero, en cualquier caso, hablamos de porcentajes muy bajos.

Por tanto, a la hora de vivir la afición desde el salón de casa, hay tres circunstancias muy evidentes: en primer lugar, la visibilidad mediática de los toros se ha visto muy afectada por el abandono que sufre el sector por parte de las televisiones generalistas; en segundo lugar, la oferta disponible en televisiones autonómicas sirve para fidelizar al público de mayor edad, pero no tiene tanto calado entre los jóvenes; y, en tercer lugar, el impacto de internet en términos de difusión de los toros sigue siendo muy limitado.

Sobre el futuro de internet en un contexto de creciente digitalización, resultará interesante comprobar el efecto que puede tener la irrupción del nuevo operador Mundotoro TV, que ha asumido el papel que venía jugando el canal Toros de Movistar+ y ha trasladado la emisión de las grandes Ferias a una plataforma digital.

Conocidos son los problemas que sufrió esta nueva aplicación en su primera retransmisión de 2023, en el marco de la tradicional corrida del Domingo de Resurrección de Sevilla. Desde entonces, la aplicación ha mejorado su servicio y ha llegado a captar 40.000 suscriptores en su primer mes de vida, de acuerdo con informaciones facilitadas por la propia compañía al diario ABC.⁹ Por lo tanto, la migración del toreo al ámbito de internet no es tarea imposible, pero no está exenta de retos, especialmente en lo tocante a la adopción de esta nueva solución tecnológica por parte de personas de mayor edad que no están necesariamente familiarizadas con este tipo de servicios web. De nuevo, la colaboración intergeneracional se antoja relevante, puesto que son muchos los jóvenes que han ayudado a sus mayores a manejar esta nueva plataforma, al igual que ocurre también con la venta de entradas por internet.

Las 7 claves para entender la relación de jóvenes y mayores con el toreo

Antes de continuar con la disertación, se hace preciso extraer conclusiones de todos los aspectos evaluados en las páginas anteriores, con ánimo de entender las similitudes y diferencias en el proceso de aproximación al toreo de jóvenes y mayores. De esta cuestión se ocupan los párrafos siguientes.

La primera sección del presente ensayo esboza una teoría que concibe la tauromaquia como una cultura milenaria que informa y ordena la relación del hombre con la naturaleza y entiende la corrida como un espectáculo centenario que recoge ese legado cultural y lo sublima en términos estéticos. Desde este planteamiento las nuevas generaciones son depositarias de un legado que ha sido custodiado por sus mayores, quienes a su vez han recibido todo ese acervo cultural y artístico de quienes vinieron antes. Ese es el *hilo* del toreo y ahí reside, precisamente, su fuerza vertebradora, su potencia identitaria, su trascendencia ética y su especial belleza. Y ese patrimonio se ha sostenido a lo largo del tiempo y seguirá

⁹ Jesús Bayort, “Mundotoro TV rebasa los 40.000 abonados en la Feria de Abril, impulsado por el triunfo de Morante”, *ABC*, 4 de mayo de 2023.

teniendo vigencia en el futuro en la medida en que se siga erigiendo como un espacio de pertenencia común para jóvenes y mayores. Se ha dicho mucho que los toros no son *ni de izquierdas ni de derechas*. Bien podría decirse, asimismo, que los toros no son cosa *ni de jóvenes ni de mayores*. Más bien, representan un caudal de cultura y arte en el que puede sumergirse todo aquel que se sienta estimulado o atraído por sus mensajes y sus valores.

En el segundo capítulo se exponen las cifras que demuestran el crecimiento de la actividad taurina y desmontan el pesimismo que suele imperar en la mayoría de discusiones acerca del futuro de la Fiesta. Es importante romper con el tópico que niega la posibilidad de permanencia de las corridas de toros.

El supuesto anacronismo de los toros que argumentan quienes desean o temen su desaparición no es más que una incompreensión elemental del encaje del toreo en los tiempos de la humanidad. No, los toros no son de esta época – y tampoco lo han sido de las anteriores. Su tema, su contenido y su naturaleza es universal y, por lo tanto, permanente. Si los toros han evolucionado a lo largo de los años es, precisamente, porque pueden estar o no de moda, pero nunca han sido hijos de una u otra tendencia. Simple y llanamente, están por encima de eso.

Los jóvenes que se acercan a los toros lo hacen porque encuentran lo mismo que hallaron los mayores: una verdad que se revela ante ellos desnuda de trampas y de falsedades, con la certeza y confianza que solamente porta aquello que se ha construido desde tiempos añejos, recogiendo así la evolución del tiempo, pero siempre desde una posición de permanencia, de constancia y fidelidad por lo clásico.

A continuación, la tercera parte del trabajo reflexiona acerca de la *brecha* generacional que podría haberse desarrollado en las últimas décadas en términos de afición y adhesión a la cultura taurina. Este ejercicio se plantea con ánimo de determinar hasta qué punto los jóvenes españoles podrían haber perdido su interés por esta expresión cultural y artística.

En la medida en que sí se constata un cierto distanciamiento que hemos cifrado en el entorno de un millón de jóvenes, debemos plantearnos qué lecciones críticas pueden extraerse de tal circunstancia. Obviamente, no podemos esperar que todos los nietos compartan la pasión de

sus abuelos, pero tampoco deberíamos resignarnos y aceptar que pueda darse un creciente desinterés por la Fiesta entre personas que tienen en su entorno a familiares que pueden transmitirles todo el conocimiento necesario para entender mejor la cultura y el arte taurino.

En el cuarto fragmento del escrito se evalúa la trascendencia del rito taurino a la luz de los valores de las nuevas generaciones, con ánimo de identificar qué aspectos de la Fiesta resultan más o menos compatibles con los valores e intereses que predominan entre los jóvenes. Es evidente que, partiendo de un elemento ético de corte antropocéntrico que tiene implicaciones sacrificiales, el toreo moderno ha construido una forma de celebración dotada de una indudable hermosura. A esto hay que sumarle un ambiente que rodea al toreo, enriqueciendo todo lo que sucede a su alrededor. Pero, al mismo tiempo, no se puede ignorar en qué medida estamos hablando de una expresión artística que choca frontalmente con los tiempos, los cánones y las aspiraciones de la cultura y el arte moderno.

Esta valoración nos recuerda la importancia de entender que la continuación de la tauromaquia a través de las distintas generaciones requiere de un ejercicio de empatía centrado en comprender las expectativas y las realidades de los más jóvenes. Del rito taurino es evidente que la *sangre* representa el punto más problemático, de modo que es precisamente en este campo en el que debe hacerse mucha pedagogía por parte de los mayores, que siempre deben cuidarse de explicar y enmarcar todo lo ocurrido en el ruedo dentro de una concepción antropocéntrica de la relación vital del hombre con la naturaleza.

La belleza se percibe por sí sola y con el ambiente taurino ocurre algo parecido. Se trata de estímulos poderosos e impactantes que incitan al público a involucrarse más. Pero, con todo, no se puede minusvalorar en qué medida la complejidad del espectáculo puede suponer una barrera insalvable para aquellos jóvenes que han caído presos de la tiranía de la inmediatez y del entretenimiento de *usar y tirar*. Lograr la inmersión efectiva de los espectadores más noveles es complicado, pero esencial para lograr su total conexión con lo taurino.

Para ahondar en la cooperación intergeneracional, facilitar el entendimiento entre jóvenes y mayores y blindar el futuro de la tauromaquia, el quinto punto del documento desglosa los resultados de diversos sondeos que revelan la percepción mutua que tienen ambos grupos. En el caso del cuestionario realizado en Madrid, los jóvenes expresan admiración por el

conocimiento y la sabiduría taurina del público más veterano, mientras que éstos últimos aplauden a los primeros por su entusiasmo y actitud más “virginal”. Por otro lado, en los sondeos que conciernen al conjunto de la población, encontramos que el grado general de satisfacción con los festejos taurinos a los que asisten es muy similar entre los espectadores de menos de 35 años (8,4 puntos sobre 10) que entre el público de más de 55 años (8,5 puntos). Esto quiere decir que la experiencia en la plaza no difiere mucho entre unas y otras generaciones, lo que sin duda debe invitarnos a romper con cualquier tópico y favorecer el entendimiento mutuo.

¿Por qué no van más a los toros los jóvenes y los mayores? De esta problemática se ocupa el sexto capítulo. La política de precios afecta a ambos grupos de edad, al igual que el problema de la falta de oferta, especialmente acusado en zonas rurales donde la población de mayor edad tiene más peso. En el caso de los mayores, influyen también los problemas de accesibilidad propios de las plazas de toros, unos recintos que sin duda destacan por su innegable hermosura, pero también presentan problemas evidentes en términos de comodidad, accesos, etc. Resolviendo estas cuestiones, se puede proyectar que la asistencia a los toros mejoraría al menos en unas 700.000 personas, es decir, un salto del 23 por ciento con respecto a los actuales niveles de público que maneja el sector.

En séptimo lugar, el documento se ocupa del vacío mediático que sufren los toros. En las últimas décadas, el número de corridas retransmitidas por los canales de televisión de alcance nacional se ha desplomado de casi un centenar a prácticamente ninguna. La consecuencia de esta deriva es que el grueso de las corridas que se siguen emitiendo por la *pequeña pantalla* se ofrecen a través de canales autonómicos o de plataformas de pago como la nueva aplicación Mundotoro TV. En clave generacional, el acceso a los toros por televisión es mucho más importante para los mayores (13,1 por ciento) que para los jóvenes (7,3 por ciento). Eso sí: ninguno de los dos grupos de edad consumen toros por internet de forma recurrente (apenas el 2,7 por ciento de los menores de 35 años y el 1,5 por ciento de los mayores de 55 años), de modo que la digitalización del sector se antoja como una tarea pendiente de difícil resolución.

Estas son, pues, las siete claves que nos permiten entender de qué forma se acercan al toreo las personas de menor y más edad. Queda pendiente, eso sí, la extracción de conclusiones y

recomendaciones que alumbren cuáles son los caminos mediante los cuales se puede trenzar la cooperación necesaria entre los jóvenes y los mayores y, de esa forma, apuntalar el conocimiento y la evolución de la tauromaquia en el siglo XXI. He ahí el reto que abordan las últimas secciones del ensayo.

Una alianza intergeneracional por el futuro de la Fiesta

La preservación de la Fiesta en el siglo XXI requiere de mucha generosidad y compromiso por parte de los aficionados. No podemos limitarnos a ser meros espectadores: somos depositarios de una cultura milenaria y de un arte centenario y, por lo tanto, tenemos que asumir nuestra responsabilidad a la hora de preservar, proteger y cuidar ese legado.

Para animar ese proceso, es importante promover la cooperación entre jóvenes y mayores, puesto que los segundos son fundamentales para el conocimiento de la Fiesta y los primeros jugarán un papel esencial de cara a su evolución futura. Ambos grupos de edad tienen que darse la mano en el *hoy*, mirando al *ayer* para crear un *mañana* mejor. Probablemente esto no sea solamente una lección aplicable al toreo, sino a la vida misma, puesto que no tiene sentido concebir el futuro sin entender el pasado.

En lo tocante al conocimiento de la tauromaquia, la memoria del aficionado de mayor edad se erige como una reserva de sabiduría a la que no podemos renunciar. Los libros, las tertulias y, sobre todo, las conversaciones orales con los aficionados más veteranos constituyen vehículos fundamentales para asegurar que esa sabiduría se sigue transmitiendo a lo largo del tiempo.

Como ya se ha planteado en páginas anteriores, la observación del rito taurino exige una actitud contemplativa, analítica y reflexiva. Para un espectador joven que se acerca al espectáculo de la corrida, es fundamental contar con el conocimiento que solamente se puede adquirir escuchando a quienes han llegado a *saber de toros* en virtud de la experiencia que da el paso de los años.

El acceso a esa reserva de conocimiento taurino que atesoran los aficionados de mayor edad está ligado, en no pocos casos, al diálogo y la discusión. Dicho de otro modo: hablamos de

un acervo que sobrevive, esencialmente, a través de la tradición oral. Es por eso que toda la actividad divulgadora que realizan los aficionados más veteranos tiene un papel fundamental a la hora de iluminar a quienes empiezan a acercarse a la Fiesta. Tanto si hablamos de una conferencia magistral como de una sencilla conversación informal en el tendido, cualquier esfuerzo por transferir conocimiento a las nuevas generaciones es inmensamente valioso.

El bagaje que solamente da el paso de los años hace que los aficionados de más larga trayectoria entiendan de forma más certera el comportamiento del toro, la ejecución técnica de las suertes o el calado artístico de las faenas. Es importante, eso sí, que el conocimiento compartido acerca de todos estos aspectos quede despojado, en la medida de lo posible, de la inevitable nostalgia que invade a quienes llevan muchos más años disfrutando del toreo.

No es esta una cuestión menor. Para el aficionado que ha disfrutado con la magia de toreros como Curro Romero o de Rafael de Paula, no es sencillo superar su retirada y mantener la ilusión intacta. Los partidarios de ese toreo *de pellizco* han querido encontrar una cierta continuación histórica en la carrera de matadores más jóvenes que se han mirado en esos espejos para desarrollar su propia tauromaquia. El propio Curro ha bendecido la figura de Diego Urdiales, mientras que Paula ha reconocido a Morante de la Puebla como su continuador. Además, en tiempos recientes, la irrupción de jóvenes como Pablo Aguado o Juan Ortega ha avivado la llama del toreo más puro e inspirado. Sin embargo, la nostalgia nos ancla a un pasado que siempre percibimos como mejor y, desde el punto de vista del aficionado de mayor edad, no es sencillo entregarse a las figuras de hoy tanto como hizo con las de ayer. Quizá eso mueve a muchos aficionados a tomar una actitud más distante, escéptica e incluso pesimista respecto al devenir de la tauromaquia.

He ahí un reto al que se enfrentan los aficionados de mayor edad a la hora de relacionarse con el público de menos edad. Puede que ellos no sientan la misma emoción que sienten los jóvenes cuando van a la plaza, pero sin duda la sintieron cuando su afición estaba en otra fase más iniciática y esperanzada. Por lo tanto, a la hora de aproximarse a los jóvenes, es importante que los más veteranos lo hagan desde la comprensión de que una y otra generación se encuentran en puntos diferentes de su ciclo vital como aficionados.

De este ánimo puede y debe nacer una forma generosa, empática y comprensiva de compartir conocimiento. El aficionado con mayor conocimiento no puede caer en el error de desplegar su sabiduría de una manera que pueda resultar soberbia. No se puede caer en el relativismo de pretender que un joven que se ha aficionado recientemente a la tauromaquia deba tener un entendimiento taurino similar al de aquel que ha presenciado cientos y cientos de festejos, pero esto no es motivo para despreciar al primero ni imponer el punto de vista del segundo.

Así, el *conocimiento generoso*, que no conocimiento a secas, puede ser el puente que una a ambas generaciones de aficionados y estreche sus lazes. El saber taurino de quienes llevan décadas sentados en el tendido se tiene que compartir con el público más novel desde una perspectiva aperturista y divulgadora. Hablamos, al fin y al cabo, de enriquecer, acompañar, entender y alentar el proceso de aprendizaje de quienes asumirán, con el paso del tiempo, la tarea de conservar, difundir y apuntalar el futuro de la cultura y el arte taurino.

¿Y los jóvenes? También por este flanco es preciso hacer un esfuerzo consciente que permita estrechar lazos con el público de mayor edad. De lo contrario, los nuevos aficionados se acercarán a una Fiesta descontextualizada y despojada de significación histórica. Si los nuevos aficionados saben qué es una *manoletina* o una *arrucina*, entonces hemos recorrido una parte del camino pero, sin duda, la verdadera herencia que pueden llegar a recibir los públicos más jóvenes pasa también por conocer la figura y la significación de toreros como Manolete o Arruza.

Lo mismo sucede con el misterio de la bravura que encierra el toro de lidia. Está bien que los jóvenes entiendan la diferencia presente entre hierros *toreristas* y *toristas*, pero más importante aún, si cabe, es que estos nuevos aficionados comprendan cuál ha sido la evolución del proceso de selección, por qué unos encastes han aumentado su peso y significancia en los circuitos de las ferias, qué factores explican el auge y la caída de unos y otros hierros ganaderos, etc.

Las asociaciones de jóvenes taurinos han revitalizado la asistencia a las plazas y han animado a los gestores empresariales de las plazas a establecer tendidos específicos con precios más asequibles, de modo similar a lo que tradicionalmente se hacía con los espectadores ya jubilados. Además, muchas de estas agrupaciones promueven charlas, visitas al campo y

eventos volcados en la difusión del toreo, quizá con un enfoque más lúdico y menos intelectual o riguroso de lo que hacen los aficionados veteranos en sus respectivos foros y tertulias. Es importante, empero, que tales iniciativas sean animadas, promovidas y alentadas en todo momento por parte de los aficionados más veteranos, que deben encontrar en ellas una forma de continuar esa tradición oral de la que hablábamos antes.

En una sociedad amordazada por la corrección política y contaminada por la nefasta influencia animalista, es importantísimo que las nuevas generaciones *hablen de toros* y vivan su afición de forma entregada y comprometida. Los mayores deben incentivar y animar ese proceso.

La evolución del rito, en manos del público

En ausencia de interferencias por parte de los poderes públicos, el devenir de la tauromaquia es, por encima de todo, cosa del público. A los intelectuales del mundo del toro les gusta pensar que están llamados a diseñar la Fiesta del futuro. Sin embargo, este tipo de ejercicio resulta improductivo e inútil si no parte de una posición de humildad que reconozca la importancia de escuchar al respetable.

Victoriano del Río, ampliamente reconocido como uno de los ganaderos más importantes de las últimas décadas, cuenta que diseñó su modelo de selección mirando al tendido y no al ruedo. Según ha declarado en distintas entrevistas y tertulias, “si la gente está comiendo pipas, entonces no está disfrutando. Yo quiero que el espectador esté *al borde del asiento*, metido en la corrida”.

Uno de los aspectos trabajados con más ahínco por ganaderos como Victoriano del Río es el de la preparación física de sus animales. Si a los astados se les exigen faenas cada vez más largas, con un mayor número de series y con muletazos de trato más largo y embestida más humillada, entonces el ganadero tiene que modificar sus procesos para cultivar las cualidades físicas que apuntalen esa evolución de la lidia.

“Antes el toro se caía mucho”, acostumbra a recordar el criador de toros de la Sierra de Madrid, que lógicamente se puso manos a la obra para buscar un remedio, al igual que

hicieron muchos de sus compañeros y competidores. El “toro atleta” del que habló Juan Pedro Domecq es el resultado lógico de esa búsqueda de una mayor resistencia, durabilidad y entrega física. Pues bien, la demanda de todos esos cambios partió del público, tanto del más aficionado como del que acude a la plaza de forma más ocasional, puesto que con el paso de los años se ha tendido a conceder mucha más preponderancia a la faena de muleta.

Sería un error pensar que los mayores pueden moldear el futuro de la Fiesta de espaldas a los jóvenes, pero también sería una equivocación dejar esta cuestión en manos del público de menos edad. En realidad, si el arte de torear sigue teniendo vigencia en pleno siglo XXI es porque ha conservado sus elementos fundamentales y ha limitado las modificaciones del rito a aquellos aspectos que han sido demandados desde el tendido. Los cambios introducidos por ganaderos como Victoriano del Río son un ejemplo de ello.

En secciones anteriores se identifica el componente sacrificial de la corrida como uno de los aspectos más difíciles de asumir entre las nuevas generaciones. La reacción inmediata de los aficionados pasa por cerrarse en banda. Al periodista Rubén Amón, por ejemplo, le gusta responder que "no hay que negociar ni una gota de sangre".¹⁰ Sobre el papel, su reflexión parece sensata: el sacrificio es parte fundamental de la corrida, puesto que la vincula con el milenarismo acervo de la cultura taurina y la enmarca en una cosmovisión antropocéntrica y una moral humanista. Sin embargo, no es menos cierto que la tauromaquia moderna es fruto, de hecho, de la “negociación” de muchas gotas de sangre, puesto que la adopción del peto y la modificación de la suerte de varas supusieron un paso fundamental para la continuidad de la Fiesta. En este sentido, el espectáculo que se celebraba hasta hace un siglo tiene poco o nada que ver con la corrida moderna y, de hecho, su eventual recuperación no tendría aceptación entre la inmensa mayoría de quienes hoy son apasionados aficionados al toreo.

Por lo tanto, aun entendiendo el planteamiento de Amón, lo cierto es que la historia de la tauromaquia es, de hecho, una historia de *evolución desde la tradición*. En este sentido, lo que jóvenes y mayores deben preguntarse es en qué medida puede ser recomendable introducir mejoras en el propio espectáculo taurino. Así, si en páginas anteriores se plantearon modificaciones en el proceso de comercialización (precios, oferta,

¹⁰ Rubén Amón, *El Fin de la Fiesta*, Debate, 2021.

accesibilidad...), en esta última sección se exploran posibles cambios que apuntalen el rito, respetando su naturaleza esencial pero permitiendo su evolución hacia el futuro.

A finales de la década de 2010, las empresas de las plazas de toros de Madrid y Sevilla modificaron el protocolo de acceso de los picadores al ruedo, con ánimo de acortar los tiempos muertos del espectáculo. En vez de hacer que los del castoreño recorran el ruedo, el nuevo planteamiento de la lidia permite que los varilargueros accedan casi de forma directa a la posición de la contraquerencia desde la que ejecutarán la suerte. Algunos grupos de aficionados veteranos se mostraron contrarios al cambio, pero lo cierto es que la polémica se apagó en seguida y la modificación pasó a ser permanente y, de hecho, ya no es un asunto que genere debate o controversia.

Más recientemente se han planteado otras modificaciones del rito que también pueden contribuir a su evolución futura. Se trata de la introducción de nuevos útiles que, sobre el papel y de acuerdo con las primeras experiencias prácticas, pueden resultar en una mejora de la lidia. Se trata de nuevas puyas, banderillas y estoques que corrigen las limitaciones propias de los materiales en vigor y facilitan una ejecución más limpia y certera de las suertes. Esto también redundaría de manera positiva en el comportamiento del toro. Sin embargo, las trabas administrativas exigen la autorización previa para el uso de estas innovadoras herramientas, de modo que el proceso ha quedado viciado y, hasta la fecha, no se ha permitido la experimentación necesaria para aprender a base de prueba y error.

Jóvenes y mayores deberían cooperar en este punto. Puesto que los públicos de menor edad expresan más reservas sobre el elemento sacrificial del rito, la mejora de los útiles puede ser interpretada como un salto adelante en la forma en que se administran las suertes. Por otro lado, desde la perspectiva de los aficionados de mayor edad, es importante que este tipo de cambios sean aceptados sin actitud reaccionaria. Deben ser tomados como lo que son: un empeño compartido por toreros y ganaderos que no pretende desvirtuar en absoluto el espectáculo, sino mejorarlo y potenciarlo a base de perfeccionar sus útiles tradicionales, dotándolos de la precisión técnica que permita cumplir su cometido de manera más certera.

Pensemos, por ejemplo, que incluso el estribo del caballo de picar puede generar lesiones innecesarias en el momento en que el animal recibe la suerte de varas. En la medida en que

estos daños no están vinculados con la lidia propiamente dicha, la única consecuencia que se deriva del proceso es un peor desempeño del astado. Si podemos evitar este tipo de situaciones, o si podemos asegurar que la puya, las banderillas y el estoque sean también más certeros, no parece lógico cerrarnos en banda y negar estas posibles mejoras del espectáculo.

Hay quienes van más allá y también plantean una nueva regulación para la suerte de matar, limitando el número de intentos para evitar situaciones que pueden ser percibidas como excesivamente cruentas e innecesariamente duras. Sin embargo, esta argumentación sí puede abrir la puerta al posterior cuestionamiento de la muerte del toro, de modo que no debe ser tomada en consideración.

Con todo, a la hora de plantear cambios en la evolución de la corrida, es muy importante que los debates sobre el espectáculo se produzcan *dentro* de la comunidad de aficionados, escuchando al público y deliberando con la mirada puesta en la esencia del festejo. Así, el modelo de *evolución desde la tradición* que ha hecho posible la supervivencia de la tauromaquia a lo largo del tiempo debe invitar a jóvenes y mayores a plantear cualquier modificación desde una posición no reaccionaria, pero sí reflexiva y cautelosa.

El patrimonio que nos han legado las anteriores generaciones de aficionados a la tauromaquia bebe, precisamente, del equilibrio que han encontrado los públicos de mayor y menor edad a la hora de interpretar un inmenso legado cultural que, a su vez, ha dado pie a un rico acervo artístico. De hecho, es posible que la dialéctica tradición - modernización que por momentos haya podido llegar a separar al aficionado más veterano del espectador más joven se ha terminado convirtiendo en la fórmula ideal para asegurar que los cambios introducidos en el toreo sean limitados, puntuales y apropiados.

No hay mejor forma de seguir tejiendo el *hilo del toreo* que promoviendo la cooperación entre jóvenes y mayores, puesto que sus distintas formas de entender la Fiesta moldean su evolución y la condicionan, por encima de todo, al respeto por todo lo que vino atrás. La esencia del toreo sigue viva gracias al nieto que acude a la plaza acompañado por su abuelo – y seguirá viviendo el día de mañana cada vez que ese nieto, que entonces peinará canas, tome la decisión de legar a sus descendientes el mismo patrimonio cultural y artístico que heredó de sus ancestros.